

AQUI CORRIO UN VALIENTE*

Estos ruidos de fantasmas son imaginaciones de un borracho...

Acababa de ocurrir en un día de diciembre del 1947, el fallecimiento de un señor cuyo nombre no recuerdo y que residía en la desaparecida Calle Niña, la mas cercana al litoral marítimo de Arecibo. Con motivo de su muerte los familiares de este humilde trabajador, se acercaron inmediatamente a la Funeraria de Don Vicente González, ubicada en la calle Antonio R. Barceló esquina La Palma. El señor González, los atendió muy cortésmente, sobre todo les explicó con mucha seriedad que había que velar el muerto en el hogar durante 24 horas desde su fallecimiento y preferiblemente con el féretro abierto, para evitar situaciones inesperadas.

El conocido empresario les ofreció varias alternativas para sufragar los gastos del entierro, de manera de proveerle los servicios funerales a domicilio que consistían en: un ataúd, sillas o bancos para la gente, un reclinatorio, crucifijos, candelabros con sus respectivos cirios de cera, algunos estantes para colocar las coronas de flores, y una cortina roja de fondo para el hogar de manera de darle una mejor apariencia al lugar y al final le ofrecía la transportación en el coche fúnebre. Todo esto dependiendo del precio acordado. *“Te recuerdo que mejor precio que el mío ninguno, eso te lo aseguro yo, decía... Don Vicente.”*

Resuelto los arreglos fúnebres y colocado el ataúd del difunto en el centro de la sala de su hogar como era la costumbre, el velorio transcurría con gran solemnidad en medio de la mayor tristeza; sólo se esperaba la llegada de los hijos que residían en el Bronx de Nueva York. En el vecindario el luto era colectivo y la pena era compartida solidariamente, no se escuchaba un radio (no había televisión), mucho menos la música de una Vellonera. Las mujeres vestían rigurosamente con ropa de color negro y también era costumbre que al desfilarse el féretro por la calle... los negocios cerraran sus puertas, en señal de duelo y respeto al finado.

Mientras tanto, era de esperarse que en el pequeño lugar donde estaba expuesto el cadáver, surgiera alguno que otro chisme a favor o en contra del carácter del difunto. La gente comentaba por lo bajo que la viuda estaba muy tranquila... sin que nadie la hubiese visto derramar una lágrima. Algunos decían que el fallecimiento del marido fue ocasionado por su glotonería sexual, ya que sostenía una doble vida y otros argumentaban que el licor o una pulmonía doble, reclamaron su muerte.

En la calle, habían colocado unos bancos para aquellas personas que no alcanzaban a sentarse dentro de la casa, donde ya no cabía un alma mas. Un personaje pueblerino llamado Marcelo Cora, de carácter jocosos, inseguro y a veces maniático, asistía a todos los velorios que podía. Temprano en la noche se presentó acompañado de su inseparable compañera Angelita, vestía con un chaleco desabotonado, pantalón “kaki” de tela ordinaria y una camisa blanca ajada. Entró a la sala saludando afectuosamente al público que le conocía. Todo el mundo lo miraba sonriente como si tuviera cara de payaso. Mostraba un gran pesar en su rostro, y después de dar el pésame a los deudos, se sentó afuera en uno de los bancos. A su lado, se acercaron varios perros callejeros que le movían la cola, con alegría. El periodista Don Vicente López Aresti (Chentito), en su libro “Arecibo y su Gente,” (Edición 1996, página 197) lo describe de la siguiente manera:

“Marcelo no era arecibeño, vivió casi toda su vida corriendo muestras queridas y viejas calles. Era el que hacía funcionar la muñeca gigante tipo marioneta, llamada “La Titina” que

salía en las fiestas Patronales de San Felipe Apóstol. Hacía alarde de que era familia de los Cora del pueblo de Arroyo, y tenía un primo que fue representante a la Cámara por el Partido Socialista. Marcelo, tenía una boca enorme y nos daba “shows,” metiéndose el puño entero dentro de ella. Durante el largo tiempo que le conocí siempre lo vi acompañado de su adorada Angelita. Se que Marcelo pasó a mejor vida pero no hemos vuelto a ver a Angelita, no sabemos si murió también.”

Ambos eran personas indigentes que vivían de la misericordia de sus semejantes. Dormían en cualquier lugar, preferiblemente en los alrededores de las desaparecidas Plaza del Mercado y Cárcel Municipal de Arecibo, hoy sede del estacionamiento Municipal.

Mientras los demás se acercaban al féretro para elevar una oración por el alma del difunto. Marcelo, se da cuenta que un caballero comienza a circular entre los presentes una botellita de Ron Palo Viejo, se da un trago largo y se une a la franca y contagiosa camaradería de los dolientes. Allí había mucha gente conversando en y fuera del hogar sobre variados temas. Esta vez, se puso a escuchar con gran atención a otras personas que conversaban sobre experiencias pasadas de personas que habían sido enterradas vivas en otras épocas. Quedó asombrado, de las historias que se contaban, se puso pálido y en un momento llegó a bajar la cabeza y se persignó. Hablar de muertos, le provocaba un miedo irracional... Afuera, la noche estaba poblada de estrellas. Un rato después, el ron estaba haciendo su efecto, pues el grupo hablaba con mucha rapidez y a veces no se les entendía ni papa... y en un momento llegaron a opinar hasta del espiritismo. Decían, que Doña Genoveva Rodríguez, la espiritista de la gloriosa Calle Santa María era milagrosa, pues predecía el futuro y curaba a los enfermos. Y así las horas fueron pasando, pero las conversaciones seguían girando a los usuales temas de los velorios.

Entretanto, todo transcurría en completa normalidad. A pesar del origen humilde del muerto, el lugar estaba lleno de una rica fragancia que se originaba de los hermosos arreglos de coronas y ramos de flores naturales. Destacaba entre todos, un tremendo ramo anónimo de rosas rojas (mis preferidas), una bella creación artística, recién llegada de la floristería. En la cinta roja se leía en letras doradas brillantes, la cálida y romántica frase de... **“Te amaré siempre,”** lo que daba motivo a un continuo murmullo, cómplice de las almas caritativas allí reunida... que comentaban maliciosamente sobre la vida social del pobre finado.

Asimismo, llamaba la atención que tan pronto la rezadora, una mujer muy elegante con gran caché, terminaba el Santo Rosario; descansaba por cerca de una hora y entre rezo y rezo los temas de conversación y la dinámica del momento, volvían repetirse. Ella, se vanagloriaba con alguna frecuencia de haber estudiado en una universidad de prestigio, pero nadie le hacía caso. Tal parece, que la gente estaba mas interesada en la bebelata, que en el velorio. La botella de ron Palo Viejo... corría de mano en mano y de boca en boca. Desde luego, Marcelo se sentía muy cómodo en este ambiente y algunos de los presentes decían que tomaban el licor para calentarse, pues en la noche la temperatura se ponía mas fría. No obstante, como ocurre en estos eventos, alguno que otro se emborrachaba y un poco bebido desentonaba con chistes de todo color. Los contaban en voz baja, aunque de vez en cuando se escuchaba una risita contagiosa fuera de tono. Pese a todo, uno de los vecinos, amigo del finado obsequiaba a los fumadores con cigarrillos de la marca “Chesterfield,” que según él, eran para calentar los pulmones. Pero, entre cigarrillo y cigarrillo intercedía a favor del difunto. Estaba un poco tomado y dándose golpes de pecho... con una voz fañosa a todo el mundo le decía:

- Te juro que esas son habladurías de viejas chismosas...Mi Santo compadre, era un Varón Respetable...de una sola mujer!-

Así, pues, en esa atmósfera casi festiva donde el licor, cigarrillos, chistes y el chisme hacían su agosto, pasaron las horas y llegó la medianoche, pero faltaba lo mejor del Velorio... Enseguida, la ahora viuda y dueña de la casa, una mujer robusta y de brazos muy gruesos, se dirigió a la cocina. Allí reinaba un olor de una deliciosa bebida de chocolate disuelto en una mezcla de agua y leche hirviendo, cuyo aroma invadía todo el hogar hasta llegar a la calle. Al terminar su preparación la viuda, junto a un familiar sirvieron a todos los presentes, una taza de chocolate caliente. Lo acompañaba con los usuales entremeses de galletas y pedazos de queso de bola holandés, pues era la costumbre tratar de mantener a la gente despierta velando el cadáver durante 24 horas.

Pasado un tiempo, Angelita se acercó a la cocina para repetir el plato... pidió otra taza del delicioso néctar y algunos entremeses para su querido Marcelo, que ya estaba más dormido que despierto. En el intermío hubo un breve descanso en los rezos. A esta hora, tan sólo se escuchaba el ronquido de los dolientes. De pronto en el silencio de la noche pareció escucharse un extraño y sonoro ruido procedente de la sala que despertó a los presentes. Los perros empezaron a aullar como lobos. Un escalofrío recorrió la espalda de la elegante rezadora, que alzando los ojos hacia el cielo, se santiguó... como si estuviera presintiendo algo malo y tartamudeando, pudo decir:

-¿Que demonios está pasando ahí?

Inmediatamente, se guardó un silencio sepulcral para poder discernir su procedencia. Marcelo, que apenas estaba despertándose dijo:

- Yo no fui, seguramente fue Angelita.

-¡Cállense, queremos saber el origen del ruido!

ordenó, la rezadora mirando de reojo al tonto de Marcelo.

Este se hallaba de pie contándole algo al oído de su compañera, que se reía con mucho nerviosismo. Parecía que del susto se iba a reventar de la risa. Entonces, Marcelo, se rascó la cabeza y le dirigió una mirada firme a Angelita, para que dejara de reírse y luego entró en una seria reflexión. *“Después de todo no hay porque temer, los muertos, muertos estan y esos ruidos de fantasmas son imaginaciones de borrachos, se decía a sí mismo...”* y se tranquilizó por completo.

Al rato volvió todo a la normalidad, pero aun sin conocerse el origen del sonido. Con el frío de la madrugada, Marcelo se bebió unos cuantos tragos más, y se quedó dormido acostado en uno de los bancos, mientras Angelita amorosamente cuidaba de él.

De repente, a la salida de los rayos del sol, mientras la viuda preparaba un buen asopao de gallina para los trasnochados, nuevos ruidos se escucharon desde el sarcófago: **Pra...Pra...Pra...Pracatán... Pra... pra...Tang... Tang.** Esta vez eran tan y tan sonoros... que más bien parecían el recibimiento del año nuevo, con luces de bengala, petardos y fuegos artificiales. De inmediato, la caja de madera cayó en pedazos y el muerto rodó por el piso y quedó sentado frente a la rezadora que comenzó a gritar... como una loca... junto a un coro de voces femeninas. Afuera de la casa se escuchaban los ladridos de perros. La algarabía era tanta y tanta que despertó aterrorizados a los pocos veladores que todavía quedaban allí. Marcelo, cayó de bruces al pavimento, y con el aliento entrecortado logró en tan sólo... un segundo incorporarse. A esa hora, borracho como estaba salió embalado por la silenciosa calle Palma, hacia la antigua Sala de emergencia de la Clínica Susoni, reflejando en su ánimo el horror que sentía, y asimismo se decía: *“¡Sálvese el que pueda!”* En aquel instante, casi volaba por toda la ruta... seguido por una jauría de perros ladrando, mientras él agitaba los brazos arriba y con una cara de espanto...

como un demente, gritaba:

-!Coorran, el muerto esta vivo...esta vivo... resucitó...resucitó... coorran!-

Ante tanto escándalo, caras soñolientas se asomaron a los balcones para curiosear la comparsa. El barbero de la gloriosa Calle Santa María, Luis Vélez mejor conocido como “Japonés,” estaba despertándose, y al ver quien era el “valiente” corredor, comenzó a abuchearlo con todas sus fuerzas:

-!Marcelooo, tu estás loco de manicomio! !Marcelooooo!..-

Detrás de él, corrían los perros alborotados; la rezadora iba como un bólido y en la carrera perdió su gran caché; las repetidoras pisándole los talones; la viuda huía con un cucharón en la mano; y muy cerca de ella... los pocos familiares del difunto. Angelita, en el revolú se enredó en sus propios pies y fue a caer al piso perdiendo sus únicas chanclas. Por eso quedó muy rezagada del grupo y con lágrimas en su rostro, presa de pánico comenzó a vociferar, como una loca:

-!Marceloooo espérame. ! Marceloooo espérame!-

*En esos años había mucha ignorancia y se desconocía la **Catalepsia**. Esta condición se considera como un estado biológico en la cual una persona yace inmóvil con cierta rigidez corporal, en aparente muerte y sin signos vitales, que significa que el corazón se detiene y la víctima que sufre este ataque que en apariencia lleva a creer que ha fallecido. Este fenómeno llevó a enterrar a personas que aun estaban con vida. Desde entonces, se requiere que un médico certifique el fallecimiento de los individuos.